

confiada, sería mucho menos altiva. Exceptuando este solo punto, ¿qué doncella hay en el mundo mas fácil y mas blanda? ¿Quién que con mas paciencia sufra un agravio? ¿Quién que mas tema hacersele á otro? ¿Quién que menos presuma de cosa ninguna, como no sea de su virtud? Ni tampoco está soberbia con su virtud; ó si lo está, es solo para conservarla, y cuando puede abandonarse sin peligro á la propension de su corazon, hasta á su amante acaricia. Pero su prudente madre no explica estas circunstancias ni aun á su propio padre, que no deben los hombres saberlo todo.

Lejos de que parezca ufana con su conquista, se ha tornado Sofia todavía mas afable y menos contentadiza con todo el mundo, excepto con el único que ha ocasionado esta variacion. Ya el sentimiento de la independencia no ensoberbece su noble corazon, y triunfa con modestia en una victoria que le cuesta la libertad. Se presenta con menos despejo, y tiene el hablar mas tímido desde que no oye sin sonrojarse la voz de su amante; mas por entre el encogimiento se nota su satisfaccion, y esta misma vergüenza no es un afecto enojoso. Especialmente con los mozos que se presentan es mas palpable la diferencia de su conducta. Desde que les ha perdido el miedo, se ha aflojado mucho en la excesiva reserva que con ellos gastaba. Resuelta en su eleccion, se muestra obsequiosa sin reparo con los indiferentes: menos escrupulosa acerca de su mérito, desde que no la interesan, siempre les encuentra con la suficiente amabilidad para gentes con quien nada de comun ha de tener.

Si el verdadero amor pudiese gastar coquetería, creyera yo ver algunos vestigios de ella en el modo como Sofia, en presencia de su amante, se porta con ellos. Diríase que, no satisfecha con la ardiente pasion en que por una esquisita mezcla de reserva y cariño le abrasa, se complace en irritar todavía esta misma pasion con alguna inquietud; diríase que, divirtiendo de intento á los mancebos sus huéspedes, consagraba al suplicio de Emilio las gracias de una jovialidad que con él no se atreve á usar; pero Sofia es atenta, buena y juiciosa además, para atormentarle efectivamente.

En ella, el amor y la honestidad sustituye á la prudencia para templar este peligroso estimulante; sabe sobresaltarle y serenarle justamente cuando es preciso; y si alguna vez le inquieta, nunca le entristece. Disculpemos la zozobra que causa al que ama, por el temor de que nunca esté bastante sujeto en sus lazos.

¿Pero qué efecto producirá en Emilio esta astucia? ¿Tendrá celos, ó no los tendrá? Conviene examinar esto, porque semejantes digresiones hacen parte del objeto de mi libro, y me desvian poco de mi asunto.

Antes he hecho ver cómo, en las cosas que solo pendien de la opinion, se introduce esta pasion en el corazon del hombre. Mas en el amor es cosa muy distinta; entonces los celos parecen tan unidos con la naturaleza, que con dificultad se puede creer que no provengan de ella; y el ejemplo mismo de los brutos, muchos de los cuales tienen furiosos celos, establece sin apariencias de réplica el dictámen opuesto. ¿Es la opinion de los hombres la que incita á los gallos á que se hagan pedazos, y á los toros á que peleen hasta matarse.

La aversion contra todo lo que perturba nuestros gustos y se opone á ellos es muy natural; en esto no cabe disputa. Tambien se halla hasta cierto punto en el mismo caso el deseo de poseer exclusivamente lo que nos agrada. Pero cuando tornándose pasion este deseo se convierte en furor ó en el triste y tenebroso desvarío llamado celos, entonces es otra cosa; esta pasion puede ser ó no ser natural; conviene distinguir.

El ejemplo sacado de los animales está examinado en el *Discurso sobre la desigualdad*; y ahora que de nuevo reflexiono en ello, me parece tan sólido este examen, que me atrevo á remitir á él á mis lectores: solo añadiré á las distinciones que en aquel escrito hice, que los celos que provienen de la naturaleza tienen mucha conexion con la potencia del sexo, y cuando es ó parece ser ilimitada esta potencia, llegan á su cúmulo los celos; porque como entonces mide el macho sus derechos por sus necesidades, no puede mirar á otro macho sino como á un contricante importuno. En estas mismas especies, las hembras obedecen siempre al primero que llega, y perteneciendo así á los machos por dere-



cho de conquista, suscitan entre ellos lides eternas.

Por el contrario, en las especies en que un macho se une con una hembra, en que el apareamiento produce una especie de vínculo moral, una especie de matrimonio, perteneciendo la hembra por eleccion suya al macho que ha escogido, por lo comun se niega á cualquiera otro; y como el macho tiene por fianza de la fidelidad de su compañera este cariño de preferencia, se inquieta menos con la vista de los otros machos, y vive mas en paz con ellos. En estas especies el macho toma parte en el cuidado de los hijuelos, y por una de aquellas leyes de la naturaleza que se observan con enternecimiento, parece que la hembra restituye al padre el cariño que este tiene á sus hijos.

Ahora, considerando la especie humana en su primitiva sencillez, fácil es ver por la limitada potencia del macho, y la templanza de sus deseos, que fué destinado por la naturaleza á contentarse con una sola hembra; y esto lo confirma la igualdad numérica de los individuos de ambos sexos, á lo menos en nuestros climas: igualdad que, ni con mucho, existe en las especies en que la mayor fuerza de los machos reúne muchas hembras con uno solo. Y si bien el hombre no empolla como el palomo; si bien careciendo de mamilas para criar á sus pechos, se encuentra bajo este aspecto en la clase de los cuadrúpedos; tanto tiempo son débiles y se arrastran por el suelo las criaturas, que con dificultad pudieran ellas y la madre vivir sin el cariño y los afanes del padre.

Así todas las observaciones contribuyen á probar que el furor celoso de los machos en algunas especies de animales, nada prueba con respecto al hombre; y hasta la excepcion de los climas meridionales, donde está establecida la poligamia, no hace otra cosa que confirmar mas el principio, porque de la pluralidad de las mujeres proviene la tiránica precaucion de los maridos, y el sentimiento de su propia flaqueza incita al hombre á que recurra á la sujecion para eludir las leyes de la naturaleza.

En nuestros paises, donde menos eludidas en esta parte estas leyes, lo son en sentido contrario y mas

odioso, el motivo de los celos mas se funda en las pasiones sociales que en el instinto primitivo. En la mayor parte de las relaciones de amor, mas aborrece el amante á sus rivales que lo que á su amada quiere; y si teme no ser el único favorecido, es por un efecto del amor propio, cuyo origen he mostrado, y padece mucho mas su vanidad que su amor. Por otra parte, tan disimuladas han hecho á las mujeres nuestras lerdas instituciones (1), y tanto han inflamado sus apetitos, que apenas se puede contar con el cariño mejor probado, y ellas ya no pueden manifestar preferencias que tranquilicen del miedo de los rivales.

En cuanto al verdadero amor, es diferente. Ya hice ver, en el citado escrito, que este afecto no es tan natural como se piensa, y que hay mucha diferencia entre el dulce hábito que aficiona al hombre á su compañera, y el ardor desenfrenado que le embriaga en los fantásticos atractivos de un objeto que no mira como es verdaderamente. Esta pasion, que nada mas que exclusiones y preferencias respira, solo se diferencia de la vanidad, en que, como esta todo lo exige y nada otorga, siempre es inícuca; y el amor dándole cuanto exige, es por sí mismo un afecto lleno de equidad. Por otra parte, cuanto mayor es su exigencia, mas es su credulidad: la misma ilusion que le causa, con facilidad hace que uno se le persuada. Si es inquieto el amor, es confiada la estimacion; y nunca en un corazon honrado ha existido amor sin estimacion, porque ninguno ama, en el objeto amado, otras prendas que las que aprecia.

Bien aclarado todo esto, se puede decir con seguridad de qué especie de celos es capaz Emilio; porque, una vez que el germen de esta pasion apenas se encuentra en el corazon humano, la educacion únicamente es la que determina su forma. Enamorado y celoso Emilio no será sañudo, suspicaz, desconfiado, sino delicado, sensible y medroso: mas estará sobresaltado que irritado; y

(1) El disimulo de que hablo, es opuesto al que las conviene y deben á la naturaleza; este consiste en encubrir los afectos que sienten y el otro en fingir los que no sienten. Todas las mujeres de mundo pasan la vida haciendo gala de su pretendida sensibilidad, y en realidad solo se aman á sí mismas.



mas se esforzará en atraer á su dama que en asustar á su rival; le desviará, si puede, como un obstáculo, sin aborrecerle como á un enemigo; si le aborrece, no será porque se atreve á disputarle un corazón que él pretende, sino por el peligro real en que le pone de perderle; no se ofenderá neciamente su orgullo de que otro se declare rival suyo: convencido de que únicamente en el mérito se funda el derecho de preferencia, y que en el triunfo está vinculada la honra, crecerá su diligencia por ser amable, y probablemente lo conseguirá. Si la generosa Sofia irrita su amor con algunos sobresaltos, bien sabrá regularlos é indemnizarle de ellos; y no tardará en separar los rivales que solo consentia por ponerle á prueba.

¿Pero á dónde me veo arrastrado sin sentirlo? ¡Oh Emilio! ¿Qué te has hecho? ¿Puedo yo reconocer en tí á mi alumno? ¡Cuán decaído te contemplo! ¿Dónde está aquel mancebo formado con tanta dureza, que arrostraba los rigores de las estaciones, que entregaba su cuerpo á los mas rudos trabajos, y su alma á las leyes solas de la sabiduría; inaccesible á la preocupación y á las pasiones: que solo la verdad amaba, solo á la razon cedia, y con nada de cuanto no era él propio se estrechaba? Ahora entregado á una vida ociosa, se deja gobernar por mujeres; sus ocupaciones son pasatiempos femeniles; sus leyes, las voluntades de una mujer; una niña es el árbitro de su destino; se postra, se arrastra por el suelo ante ella; y el grave Emilio es juguete de una criatura.

Tal es la vicisitud de las escenas de la vida: cada edad tiene sus resortes que la hacen mover, pero el hombre siempre permanece uno mismo. De diez años se le conduce con bollos, de veinte con una amada, de treinta con los deleites, de cuarenta con la ambicion, de cincuenta con la avaricia: ¿cuándo solamente corre en pos de la sabiduría! ¡Dichoso el que conducen á ella contra su voluntad? ¿Qué importa el guia de que nos sirvamos, con tal que le lleve á la meta? Los héroes y hasta los mismos sábios, han pagado este tributo á la humana flaqueza; y hasta hubo quien rompió husos con sus dedos, y no por eso dejó de ser un varon esclarecido.

¿Quereis que se extienda á la vida entera la eficacia de una feliz educacion? Pues prolongad durante la mocedad los buenos hábitos de la niñez; y cuando sea vuestro alumno lo que deba ser, haced que sea el mismo en todos tiempos. Esta es la perfeccion que os falta dar á vuestra obra. Por esto particularmente importa dejar un ayo á los mancebos; en cuanto á lo demás, poco hay que temer que sin él no sepan enamorar. Lo que engaña á los institutores, y aun mas á los padres, es que se figuran que un modo de vivir excluye otro, y que en cuanto uno es grande, debe renunciar de todo cuanto hacia siendo chico: si así fuese ¿de qué serviria cuidar de la infancia, una vez que el buen ó mal uso que de ella hiciesen se desvaneceria con ella, y tomando modos de vivir absolutamente diversos, por necesidad se tomarian otros modos de pensar?

Así como solo las enfermedades graves forman solucion de continuidad en la memoria, así tambien las pasiones fuertes la forman solo en las costumbres; y si bien varian nuestrós gustos y nuestras inclinaciones, esta mudanza, á veces atropellada, la suavizan los hábitos. En la sucesion de nuestras inclinaciones, como en una buena gradacion de colores, el artista debe hacer imperceptibles los pasos, confundir y mezclar las tintas; y para que no sobresalga ninguna, extender muchas en toda su obra. Esta regla la confirma la experiencia; las personas sin moderacion todos los dias mudan de aficiones, gustos y sentimientos, y solo en el hábito de variar son constantes; mas el hombre arreglado vuelve siempre á sus antiguas costumbres, y ni aun en su vejez pierde el gusto de los deleites que le prendaban cuando niño.

Si haceis que cuando los mozos pasen á una nueva edad no tomen desprecio á la que ha precedido, que cuando contraigan nuevos hábitos no abandonen los antiguos, y que siempre gusten de hacer lo que es bien hecho, sin tener en cuenta el tiempo en que empezaron á hacerlo; solo entonces habreis puesto á salvo vuestra obra, y estareis seguros de ellos hasta el fin de su vida, porque la mas temible revolucion es la de la edad sobre que ahora velais. Como siempre la echamos menos, con



dificultad perdemos mas tarde los gustos que en ella hemos conservado; pero ya una vez interrumpidos no se recuperan en la vida.

La mayor parte de los hábitos que os figuráis que á los niños y mancebos haceis contraer; no son hábitos verdaderos, porque los han tomado por fuerza, y como los siguen contra su voluntad, solo esperan la ocasion para zafarse de ellos. Nadie toma gusto á la cárcel á fuerza de vivir en ella: entonces el hábito aumenta la aversion, lejos de disminuirla. No sucede así con Emilio, que no habiendo hecho en su niñez nada que no fuese voluntariamente y con gusto, si continúa haciendo lo mismo cuando es hombre, añade á la dulzura de la libertad el imperio de la costumbre. La vida activa, las faenas manuales, el ejercicio, el movimiento, en tal manera se le han hecho necesarios, que no pudiera renunciar á ellos sin molestia. Fuera aprisionarle, encadenarle, retenerle en un estado de violencia y apremio, el reducirle á una vida muella y sedentaria; y no dudo que su índole y su salud se alterasen. Apenas si en un cuarto bien cerrado puede respirar á su gusto; necesita aire libre, movimiento, fatiga. Aun á las plantas de Sofia no puede menos de contemplar con ansiosos ojos el campo, y desear correrle con ella. Está, sin embargo, parado cuando es menester; pero se halla inquieto, agitado; parece que brega; está quieto porque está encadenado. Vais á decirme que estas son necesidades á que yo le he amoldado, sujeciones que le he impuesto: y así es la verdad; le he sujetado á la condicion de hombre.

Emilio ama á Sofia: mas ¿cuáles son los embelesos primeros que le han prendado? La sensibilidad, la virtud, el amor de las cosas honestas. Si ama este amor en su dama, ¿cómo le ha de haber perdido en él mismo? ¿Qué precio se ha puesto recíprocamente Sofia? El de todos los afectos que son naturales en el corazon de su amante: la estimacion de los verdaderos bienes, la frugalidad, la sencillez, el desinterés generoso, el menosprecio del fausto y las riquezas. Antes que el amor le hubiera impuesto estas virtudes, ya Emilio las poseía. ¿Pues en qué ha mudado verdaderamente? Tiene nue-

vos motivos para ser él mismo; en este punto solo se diferencia de lo que antes era.

No pienso que ninguno que leyere este libro con alguna atención, se pueda figurar que se hayan reunido por casualidad todas las circunstancias de la situacion en que Emilio se encuentra. ¿Es casualidad, si ofreciendo las ciudades tantas jóvenes amables, la que le agrada se encuentra en las entrañas de una soledad remota? ¿Es casualidad si da con ella? ¿Es casualidad si se convienen? ¿Es casualidad si no pueden vivir en el mismo sitio? ¿Es casualidad si tan desviado de ella está el albergue que halla? ¿Es casualidad si tan rara vez la ve, y si está forzado á comprar con tantos afanes la satisfaccion de verla alguna? Decís que se afemina. Por el contrario, se endurece; y es preciso que sea tan robusto como yo le he formado, para resistir las fatigas que Sofia le hace padecer.

Vive dos leguas largas de su casa. Esta distancia sirve de estímulo á su amor. Si viviesen puerta con puerta, ó si pudiese ir á verla cómodamente sentado en un buen coche, tal vez la amaria menos por esa misma facilidad. ¿Hubiera querido morir Leandro por Hero, si de ella no le hubiera separado la mar? Ahorradme, lector, de razones: si sois capaz de entenderme, seguireis lo bastante mis reglas en sus menores circunstancias.

Las primeras veces que fuimos á ver á Sofia, tomamos caballos para llegar mas pronto. Este expediente le encontramos cómodo, y la quinta vez seguimos tomando caballos. Nos aguardan; á mas de media legua de la casa vemos gente en el camino. Observa Emilio, el corazon le late, se acerca, reconoce á Sofia, se arroja del caballo á tierra, parte, vuela, está ya á los pies de la amable familia. Emilio gusta de hermosos caballos; el suyo es vivo, se siente libre, y da á correr por el campo: le sigo yo, le alcanzo con mucha dificultad y me le traigo. Por desgracia Sofia tiene miedo de los caballos, y no me atrevo á arrimarme á ella. Emilio nada ve: pero Sofia le advierte al oido del trabajo que ha dejado que se tomara su amigo. Acude avergonzado Emilio, coje los caballos y se queda atrás: justo es que á cada uno le toque su vez. Se va el primero para librar-



se de nuestras cabalgaduras. Dejando de esta suerte á Sofia detrás de sí, no encuentra ya que el caballo sea un bagaje tan cómodo. Vuelve jadeando y me halla á la mitad de camino.

Al siguiente viaje ya no quiere Emilio caballo. «¿Por qué? le digo; tomaremos un lacayo que tenga cuenta de ellos.—¡Ah! me dice, ¿hemos de gravar así la respetable familia? Ya veis que todo lo quieren mantener, hombres y caballos.—Verdad es, replico, que tienen la noble hospitalidad de la pobreza. Avarientos los ricos en medio de su fausto, solo alojan á sus amigos; mas los pobres alojan tambien á los caballos de sus amigos.—Vamos á pie, dijo: ¿no teneis ánimo para ello, vos que tan de buena voluntad entráis á la parte de los fatigosos placeres de vuestro hijo?—Con mucho gusto, le respondo al instante; y á la verdad tambien á mí me parece que no se requiere tanto estrépito para enamorar.»

Al acercarnos hallamos á la madre y la hija todavía mas lejos que la vez primera. Hemos venido como un relámpago: Emilio está empapado en sudor: una mano querida se digna enjugarle las mejillas con un pañuelo. Caballos habian de sobrar en el mundo antes que nos viniese otra vez la tentacion de servirnos de ellos.

No obstante, es cosa cruel no poder nunca pasar juntos la primera noche. El otoño se acerca, y empiezan á mermar los días. Por mas que aleguemos, nunca nos permiten volvernos de noche; y cuando no venimos desde por la mañana, es menester irnos á poco de haber llegado. A puro quejarnos y compadecerse de nosotros, al fin le ocurre á la madre que si á la verdad no es posible alojarnos con decencia dentro de casa, tal vez se pudiera encontrar en el lugar un albergue para pasar algunas veces la noche. Al oír estas palabras, Emilio dá palmadas, brinca de gozo; y Sofia, sin pensarlo, dá mas besos á su madre el día que este expediente ha imaginado.

Poco á poco se establecen y consolidan entre nosotros la dulzura de la amistad y la familiaridad de la inocencia. Los días señalados por Sofia ó por su madre, voy de ordinario con mi amigo, pero algunas veces le dejo que vaya solo. La confianza enaltece el alma y un

hombre no debe ser tratado como una criatura. ¿Qué habria yo adelantado hasta aquí si mi alumno no mereciese toda mi estimación? Sucede tambien que vaya yo sin él; entonces se queda triste, mas no murmura: ¿y de qué le servirian sus quejas? Además bien sabe que yo no voy á perjudicar sus intereses. En cuanto á lo demás, vayamos juntos ó separados, bien se entiende que no nos detiene tiempo ninguno, ufanos de llegar en estado de que nos puedan compadecer. Por desdicha, Sofia nos veda este honor, y nos prohíbe venir con mal tiempo. Esta es la única vez que la encuentro rebelde á las reglas que secretamente la dicto:

Un día que ha ido solo, y que no le aguardo hasta el siguiente, le veo llegar aquella misma tarde y le digo dándole un abrazo: «¿Qué, amado Emilio, te vuelves con tu amigo!» Pero en vez de corresponder á mis halagos me dice un poco enfadado: «No creais que me vuelvo tan pronto por mi gusto, que vengo contra mi voluntad. Ha querido que viniese; vengo por ella, y no por vos.» Enternecido con esta ingenuidad le abrazo otra vez, diciéndole: «Alma franca, sincero amigo, no me robes lo que me pertenece. Si vienes por ella, por mí lo dices: tu vuelta es obra suya, pero tu franqueza, es la mia. Conserva para siempre este candor de las nobles almas.» Dejemos que los indiferentes piensen como quieran; pero es un delito consentir que un amigo nos agradezca lo que no hemos hecho por él.

Mucho me guardo de envilecer á sus ojos el valor de esta confesion, encontrando en ella mas amor que generosidad, y diciéndole que no tanto se quiere quitar el mérito de esta vuelta como atribuirsele á Sofia. Pero del modo siguiente me manifiesta lo interior de su corazón sin que él obre en caso pensado: si ha vuelto despacio, y soñando en sus amores, no es mas Emilio que el amante de Sofia; si llega de prisa, sofocado, aunque murmurando entre dientes, Emilio es el amigo de su Mentor.

Por estas circunstancias vemos que está muy distante mi mancebo de pasar su vida con Sofia, y de verla tanto como quisiera. Las licencias que le dan se reducen á un viaje ó dos por semana, y sus visitas, que mu-



chas veces no son mas que de medio dia, rara vez llegan al siguiente. Mas tiempo gasta en esperar verla, ó en darse el parabien de haberla visto, que en verla efectivamente. Del que emplea en sus viajes, mas pasa en el camino que al lado de Sofia. Verdaderos, puros, deliciosos, pero mas imaginarios que reales, sus contentos irritan su amor sin afeminar su corazon.

Los dias que no la ve no está ocioso y sedentario; estos dias todavía es Emilio, y no está trasformado. Las mas veces corre las campiñas inmediatas, sigue su historia natural, observa, examina las tierras, sus producciones, su cultura: compara las labores que vé con las que conoce; averigua los motivos de las diferencias; cuando juzga preferibles otros métodos á los del país, se los enseña á los cultivadores; si propone una forma mejor de arado, la manda hacer conforme á su dibujo; si encuentra una veta de marga, les enseña su uso ignorado en el país; muchas veces él mismo pone mano á la obra; se quedan atónitos de ver que maneja con mas facilidad que ellos mismos sus herramientas, que abre surcos mas profundos y mas derechos que los suyos, que siembra con mas igualdad, y dirige los arriates con mas inteligencia. No se mofan de él como de un elegante charlatan de agricultura, pues ven que efectivamente la sabe. En una palabra, su celo y sus afanes abrazan todo cuanto es de primera y general utilidad; y no se ciñe á eso. Visita las casas de los labradores, se informa de su estado, de sus familias, del número de sus hijos, de la cantidad de sus tierras, de la naturaleza de las producciones; su despacho, sus facultades, sus cargas, sus deudas, etc. Da poco dinero, sabedor de que por lo comun le emplean mal: pero cela él mismo su empleo, y hace que les aproveche, aun cuando no quieran. Les da operarios, y muchas veces les paga sus propios jornales para las labores que necesitan. Al uno le hace reparar ó techar su choza medio derribada; al otro desmontar su tierra abandonada por falta de medios; á estotro le da una vaca, una mula, tres reses de todo género en vez de las que ha perdido: dos vecinos van á entablar un pleito, los persuade, y los reconcilia; cae enfermo un aldeano, le hace cuidar y le cuida

él propio (1); otro sufre la opresion de un vecino poderoso, le ampara y le da recomendaciones; dos jóvenes pobres se quieren, ayuda á casarlos; una infeliz mujer ha perdido á su hijo querido, la va á ver, la consuela y la acompaña largo rato: no se desdeña de los miserables; come muchas veces en casa de los rústicos que asiste, tambien acepta convites en casa de aquellos que no le necesitan: haciéndose bienhechor de unos y amigo de otros, nunca cesa de ser su igual. Finalmente, tanto bien hace siempre con su persona como con su dinero.

Alguna vez dirige sus paseos hácia la venturosa mansion: tal vez espere divisar á hurtadillas á Sofia, verla paseando sin que ella se aperciba. Pero Emilio no gasta rodeos en su conducta, ni sabe ni quiere eludir nada. Tiene aquella amable delicadeza que con el buen testimonio de sí mismo alimenta el amor propio y le halaga. Cumple rigorosamente su destierro, y nunca se acerca lo bastante para alcanzar del acaso lo que solo quiere deber á Sofia. En cambio vaga con gusto en las inmediaciones buscando las huellas de los pasos de su amada, enterneciéndose con la pena que se ha tomado y las caminatas que ha hecho por condescendencia hácia él. La vispera de los dias que la debe ver, entra en un caserío inmediato á disponer una merienda para el dia siguiente. Dirigese el paseo hácia esta parte sin que se eche de ver; entran como por casualidad, y se encuentran frutas, bollos, nata. No disgustan á la golosa Sofia estas atenciones, y da las gracias á nuestra prevision; porque siempre tengo yo parte en el cumplimiento, aunque ninguna haya tenido en la diligencia que le motiva; pero es una astucia de muchacha para dar las gracias con mas despejo. Su padre

(1) Cuidar á un trabajador del campo que está enfermo, no es ni purgarle, ni darle drogas, ni enviarle el cirujano. Nada de eso necesitan estas pobres gentes en sus dolencias, sino alimento mas sustancioso y abundante. Estad vosotros á dieta, cuando tengais calentura; pero cuando vuestros gañanes la tengan, dadles carne y vino; casi todas sus enfermedades proceden de inanicion y miseria: en vuestra bodega tenéis su mas eficaz tisana, y su único boticario debe ser vuestro carnicero.



y yo comemos bollos y bebemos vino; pero Emilio forma rancho con las mujeres, siempre en acecho para cojer algun plato de nata donde haya metido la cuchara Sofia.

Hablando de bollos, recuerdo á Emilio sus antiguas carreras. Quieren saber qué cosa eran estas carreras: lo explico, se rien, y le preguntan si sabe correr todavia. Mejor que nunca, responde; y sentiria mucho haberlo olvidado. Alguien de la compañía tendria mucha gana de verle correr, y no se atreve á decirlo; otro se encarga de la propuesta, la acepta: se hacen reunir dos ó tres mozos de las inmediaciones; se fija un premio, y para imitar mejor los antiguos juegos se pone un bollo encima de la meta. Cada uno está pronto; el papá da la señal con una palmada. El ágil Emilio hiende el viento, y se encuentra al cabo de la carrera cuando apenas han echado á andar los tres patanes. Recibe Emilio el premio de manos de Sofia; y no menos generoso que Eneas, reparte dádivas á todos los vencidos.

En medio de los aplausos del triunfo, se atreve Sofia á desafiar al vencedor, y se alaba de correr tanto como él. Acepta Emilio, y mientras ella se dispone á la carrera, remangando su vestido por ambos lados, y con mas deseo de enseñar á Emilio una pierna bien hecha, que de vencerle en la palestra, examina si está bastante corta la ropa, dice él una palabra al oido á su madre, que se sonrie, y le hace una seña de aprobacion. Viene entonces á ponerse al lado de su competidora, y apenas se ha dado la señal, cuando la ve que parte ligera como un pájaro.

Las mujeres no tienen disposicion para correr; cuando huyen, es para que las alcancen. La carrera no es la única cosa que hacen sin maña, pero si la única que ejecutan sin gracia: sus codos echados atrás y pegados al cuerpo les dan una postura ridicula. No imaginándose Emilio que corriese Sofia mejor que otra mujer, no se digna menearse de su sitio, y la ve partir con una sonrisa burlona. Mas como Sofia es ligera, y lleva los zapatos sin tacón, pues no necesita de artificio para que se note la pequeñez de su pie, se aleja con tal velocidad, que apenas tendrá tiempo para alcanzar á esta nueva

Atalanta. Parte, en fin, semejante al águila que se arroja sobre la presa; la sigue, casi la tropieza, la alcanza al cabo toda jadeando, le ciñe con suavidad el cuerpo con su brazo izquierdo, la levanta como una pluma, y estrechando con su pecho esta dulce carga, acaba así la carrera, hace que toque la primera á la meta, gritando: *Victoria por Sofia!* hinca ante ella una rodilla en la tierra, y se reconoce vencido.

Con estas diversas ocupaciones se agrega la del oficio que hemos aprendido. Por lo menos un dia á la semana, y todos aquellos en que no nos permite el mal tiempo salir al campo, vamos Emilio y yo á trabajar á casa de un maestro. No trabajamos por ceremonia como sujetos superiores á esta condicion, si no de veras y como verdaderos artesanos. Una vez que viene á vernos el padre de Sofia, nos encuentra trabajando, y no deja de contar con admiracion á su hija y á su mujer lo que ha visto. «Id á ver, les dice, á ese mancebo al taller, y vereis si tiene en poco la condicion del pobre.» Ya se puede imaginar si Sofia oirá con gusto estas razones. Hablan de ello, quisieran cojerle trabajando. Me preguntan indirectamente; y habiéndose informado del dia fijo, toman la madre y la hija un coche, y el dia señalado se vienen á la ciudad.

Al entrar en el obrador, descubre Sofia al otro extremo á un mancebo de blusa, peinado con negligencia, y tan ocupado en lo que está haciendo, que no la ve: se detiene y hace una seña á su madre: Emilio, con un escoplo en una mano, y el mazo en la otra, concluye una muesca; sierra luego una tabla, y pone una parte de ella sobre el banco para cepillarla. Este espectáculo tan respetable no hace reir á Sofia sino que la enternece. Mujer; honra á tu jefe; él es quien para tí trabaja, quien te gana el pan, quien te mantiene: ese es el hombre.

Mientras que le están observando con atencion, reparo yo en ellas, tiro á Emilio por una manga; se vuelve, las ve, arroja sus herramientas, y de un salto se pone junto á ellas dando un grito de júbilo. Despues de haberse entregado á sus primeros arrebatos, las hace sentar, y se vuelve á su trabajo. Pero Sofia no puede



estar sentada; se levanta con viveza, anda todo el taller, examina las herramientas, toca lo pulimentado de las tablas, amontona astillas por el suelo, mira nuestras manos, y dice luego que le gusta este oficio porque es limpio. La loquilla tambien quiere imitar á Emilio. Con su débil y blanca mano empuja el cepillo sobre la tabla; resbala este y no agarra. Creo ver al Amor riéndose en los aires batiendo las alas, y oírle gritar alegremente: *Hércules está vengado.*

La madre en tanto hace preguntas al maestro: «¿Señor maestro, cuánto paga V. á esos oficiales?—Señora, les doy una peseta diaria á cada uno y de comer; pero si el jóven quisiera, ganaria mucho mas, porque es el mejor oficial de esta tierra.—¡Una peseta al dia y de comer! dice mirándonos enternecida la madre. Sí, señora, replica el maestro.» Al oír estas palabras, corre hacia Emilio, le abraza, le estrecha en su seno, vertiendo lágrimas, y repitiendo muchas veces: «¡Hijo mio, hijo mio!»

Después de haber pasado un rato en conversacion con nosotros, pero sin dejar el trabajo; da la madre la órden de marchar, pues se hace tarde, y las estarán aguardando. Arrimándose luego á Emilio, y dándole una palmadita en la mejilla, le dice: «¿Buen oficial, no quiere V. venirse con nosotras?» El responde con voz muy triste. «Tengo dada mi palabra, dígaselo V. al maestro.» Preguntan al maestro si quiere dejarnos ir, y responde que no puede. «Tengo, dice, obra que urge y es preciso entregarla pasado mañana. Contando con estos señores, he despedido otros oficiales que se me han presentado; si me faltan, no sé donde hallaré otros: y no podré entregar la obra el dia que he prometido.» No replica la madre, y espera á que hable Emilio. Este baja los ojos y calla. «¿Caballero, le dice estrañando algo este silencio, no tiene V. nada que replicar?» Emilio mira con tiernos ojos á la hija, y responde solo estas palabras: «Ya ve V. que es fuerza que me quede.» Con esto se van las señoras y nos dejan. Emilio las acompaña hasta la puerta, las sigue con los ojos hasta perderlas de vista, y se vuelve en silencio al trabajo.

En el camino, picada la madre, habla á su hija de

la rareza de este modo de proceder. «¿Qué, dice, tan dificultoso era contentar al maestro sin estar obligado á quedarse? ¿Un mozo tan pródigo, que tira sin necesidad el dinero, no le sabe hallar en los lances que se necesita?—Mamá, responde Sofia, no quiera Dios que atribuya nunca Emilio tanto poder al dinero, que se sirva de él para romper sus empeños personales, para faltar impunemente á su palabra, y hacer que otro falte á la suya. Bien sé que con facilidad resarciria al artesano del ligero perjuicio que le causara su ausencia; pero haciéndolo así, esclavizaria su alma á las riquezas, se acostumbraria á sustituir con ellas sus obligaciones, y á creer que quien paga está dispensado de todo. Otro modo de pensar tiene Emilio, y no quiero ser yo causa de que le mude. ¿Cree V. que no ha sentido quedarse? No dude que por mí lo ha hecho; bien me lo han dicho sus ojos.»

No quiere decir esto que sea indulgente Sofia en lo tocante á los verdaderos obsequios del amor; muy al contrario, es imperiosa, mal contentadiza, y mas quisiera no ser amada que serlo á medias. Tiene la noble soberbia del mérito que se reconoce, se estima, y quiere ser acatado como él se acata. Desdeñaria un corazón que no conociese todo lo que vale el suyo, que no la amase por sus embelesos y mas por sus virtudes; de un corazón que no prefiriese á ella su propia obligacion, y ella á todo lo demás. No ha querido un amante que conociera otra ley que la suya: quiere reinar en un hombre que no haya cambia lo. Así desdeña Circe á los compañeros de Ulises que ha envilecido, y á él solo, que no ha podido hacer mudar, se entrega.

Mas dejando aparte este inviolable y sagrado derecho, excesivamente ce'osa de todos los suyos, Sofia observa con qué escrupulosidad los respeta Emilio, con qué fervor cumple sus voluntades, con qué maña las adivina, con qué puntualidad llega en el instante que le ha prescrito: no quiere que se retarde, ni que se adelante, sino que sea exacto. Adelantarse es preferirse á ella; retardarse es desatenderla. ¡Desatender á Sofia! No le sucederia dos veces. La injusta sospecha de una sola estuvo en poco de echarlo todo á perder; pero Sofia es justa, y sabe reparar sus agravios.



Nos esperan una tarde: Emilio ha tenido la órden. Vienen á recibirnos, y no llegamos. ¿Qué se han hecho? ¿Qué desgracia les ha sucedido? ¡Nadie de su parte! Pasan la prima noche esperándonos. La pobre Sofia cree que hemos muerto: se desconsuela, se afana, y llora sin cesar. Al anochecer habian despachado un mensajero para informarse de nosotros, y que trajera noticias nuestras al otro dia por la mañana: vuelve este en compañía de uno de nuestra parte disculpándonos verbalmente, y diciendo que estamos buenos. Poco despues llegamos nosotros mismos. Entonces varia la escena: Sofia enjuga sus lágrimas, ó si las vierte, son de rabia. Nada ha ganado su altivo corazon con tranquilizarse acerca de nuestra vida: vive Emilio, y ha hecho que le esperara ella en balde.

Cuando llegamos, quiere encerrarse. La mandan estar quieta, y tiene que obedecer; pero al momento resuelve lo que ha de hacer: afecta un semblante sereno que á otros engañaria. Viene su padre á recibirnos, y nos dice: «Mucha zozobra han causado Vds. á sus amigos; personas hay aquí que no se lo perdonarán con facilidad.—¿Pues quién, papá? responde Sofia, fingiendo la mas halagüeña risa que puede.—¿Qué importa, replica su padre, con tal que no seas tú?»—Calla Sofia y fija los ojos en su labor. Su madre nos recibe con ademán frío y estudiado: Emilio cortado no se atrevió á acercarse á Sofia. Esta le habla, le pregunta cómo está, le invita á que se siente, y de tal manera disimula que el pobre mozo, que todavía no sabe el idioma de las vehementes pasiones, se alucina con esta serenidad, y casi le falta poco para quedar picado de ella.

Para desengañarle voy á coger la mano de Sofia, y quiero llevármela á la boca como hago algunas veces: la retira atropelladamente diciéndome *caballero* con tono tan raro, que este involuntario movimiento la descubre al instante á los ojos de Emilio.

La misma Sofia, viendo que está descubierta, se violenta menos. Su aparente serenidad se convierte en un irónico menosprecio. A todo cuanto le dicen responde con monosílabos pronunciados con lenta é insegura voz, como temerosa de que se deje ver demasiado en ella el

acento de la indignacion. Medio muerto Emilio de susto, la mira con dolor, y procura lograr que fije los ojos en los suyos, para que lea mejor en ellos sus verdaderos afectos. Mas irritada Sofia con su confianza, le lanza una mirada que le quita todo deseo de solicitar otra. Cortado, trémulo Emilio, no se atreve á mirarla, ni hablarla, por fortuna suya, pues aunque no tuviera culpa, si hubiera podido aguantar su enojo, jamás se lo hubiera ella perdonado.

Viendo entonces que ha llegado mi vez, y que es tiempo de explicarme, vuelvo á Sofia. Cojo otra vez su mano que ya no retira, por que la falta poco paradesmayarse, y la digo con suavidad: «Amada Sofia, somos desgraciados; pero vos sois racional y justa, y no nos juzgareis sin oirnos: escuchadnos.» No responde, y hablo así:

«Salimos ayer á las cuatro; se nos habia mandado estar aquí á las siete, y siempre nos tomamos mas tiempo del necesario, para descansar cuando llegamos cerca. Ya habiamos andado tres partes del camino, cuando llegaron á nuestros oidos unos dolorosos lamentos, que salian de la garganta de una colina á corta distancia de nosotros. Acudimos á los gritos, y encontramos á un desventurado aldeano que, volviendo de la ciudad un poco bebido habia dado tan terrible caida de su caballo, que se habia roto una pierna. Damos voces llamando gente; nadie responde: probamos á montar otra vez á caballo al herido, y no podemos conseguirlo: al menor movimiento, sufre el desventurado horribles dolores. Nos resolvemos á atar el caballo en lo mas apartado del bosque; formando luego una litera con nuestros brazos, cargamos en ellos al desgraciado, y le llevamos lo mas despacio posible, siguiendo sus indicaciones por el camino que era menester andar para ir á su casa. Era larga la travesía, y fué preciso descansar muchas veces. Al fin llegamos rendidos de fatiga; y amargamente sorprendidos vemos que ya sabiamos la casa, y que el infeliz que con tanto afan trasportábamos era el mismo que tan cordialmente nos habia recibido el primer dia de nuestro arribo á esta casa. Con la comun turbacion, no nos habiamos conocido hasta entonces.